

La orfandad en la Muerte¹

Lore Aresti

El ser humano se desarrolla como tal en y a partir del dominio que ejerce sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. Su inteligencia le permite interferir en el medio ambiente según la presión de sus necesidades y la demanda de sus deseos; en este sentido, se convierte en un agente decisivo en la evolución de la biósfera a partir del control que puede ejercer voluntariamente sobre la naturaleza. Sin embargo, en la vida de todo ser humano se presentan dos fenómenos irreductibles en donde ésta se manifiesta incontrolable y todopoderosa: la sexualidad y la muerte.

La sociedad construida por los hombres ha tenido sumo cuidado y precaución para reforzar el control de estos dos puntos “débiles” que la naturaleza nos pone como incontrolables. La organización humana ha hecho cuanto ha podido para atenuar la violencia del amor y la agresividad de la muerte. Ha contenido la sexualidad con una serie de normas y prohibiciones que si bien varían de una sociedad a otra, siempre mantienen la necesidad de moderar su uso, de disminuir su poder y sus extravíos. En lo tocante a la muerte, ha intentado despojarse de su brutal presencia, de su incongruencia frente al hecho de la vida.

En este controlado proceso de civilización, lo que se intenta es “introyectar un autocontrol eficiente que evite las alteraciones repentinas en el comportamiento, así como la carga afectiva de todas las manifestaciones”.² Los sentimientos que quieren salirse fuera de lo común o bien no

¹ Quiero agradecer a Lina M. Campos Flores y a Héctor Meza Vera por su colaboración en la revisión de estilo en la parte teórica y poética, respectivamente. Gracias.

² Elías, N. *El Proceso de la civilización*, FCE, 1989, pág. 458.

encuentran su expresión y son rechazados, o acuden en tropel con una violencia insoportable, sin nada que los pueda ya canalizar, comprometen el orden y la seguridad necesarias para la actividad y el orden cotidianos. Por lo tanto, hay que reprimirlos.

Después de controlar la naturaleza externa: el agua, el fuego, el viento, la tierra; el hombre traslada el campo de conflicto y de batalla al interior del hombre mismo. Pero, ¿cómo controlar la fuerza de la sexualidad? ¿Cómo controlar “el imperio de la más indómita de las pulsiones?”³ ¿Cómo enfrentar el terror profundo frente a la muerte? Parecería que en su necesidad por conquistar la naturaleza externa e interna, el ser humano no presintió que las fuerzas básicas y elementales que cree haber domesticado retornan una y otra vez recordándole que a pesar de todo no están domesticadas, y/o que a veces el control y la prohibición ejercidas llegan a causar, a la larga, una conflictiva mayor y más siniestra que la originalmente temida.

En los últimos siglos, los encargados de poner en operación las prohibiciones y controles necesarios frente a la sexualidad y la muerte han sido los médicos. Ellos se han convertido en las fuentes de máxima autoridad para instaurar los códigos y necesidades psicosociales de su momento histórico. Este poder es un fenómeno que se va desarrollando a partir de los siglos XVII y XVIII en un mundo en vías de *medicalización*.

Sin embargo, también ellos son de y están sujetos a ambas (com) pasiones. Pierden su sangre fría en la cercanía de los desarreglos de la naturaleza. En estos hombres de ciencia y de poder se presentan también el miedo a la sexualidad y a la muerte: el verdadero miedo.

Es este un miedo sin palabras, frente al cual nos vemos obligados a negar lo que lo provoca, la muerte, o, de una manera más sofisticada, a falsear sus apariencias.

Y ¿cómo negar la existencia de la muerte? o ¿cómo falsificar sus apariencias? La respuesta se va desarrollando a partir de la progresiva *medicalización* de la sociedad occidental contemporánea. El fenómeno de la muerte desemboca en la muerte oculta en el hospital, proceso que se realizó tímidamente al principio, pero que se generalizó a partir de 1940.

A finales del siglo XIX se establece un compromiso entre la muerte pública, del pasado (en donde los habitantes de los pueblos acompañaban,

³ Freud, S. *Tres Ensayos para una Teoría Sexual*, Amorrortu, 1976, pág. 146.

apoyaban y festejaban a la muerte), y lo que ha llegado a convertirse en la muerte oculta.

La sociedad no soporta ya la vista, ni el olor, ni el tacto de las cosas de la muerte, mucho menos el cuerpo del muerto, ni la presencia de los que lo sufren y lo lloran. Así como el moribundo queda condenado a una soledad criminal, así también los que lo aman, y por ello los que lo sufren, quedan aplastados entre el peso de su pena y el de la prohibición de las manifestaciones de ese sufrimiento que altera “el marco de lo que se acepta como normal”.⁴ La muerte oculta, la muerte dentro de una institución hospitalaria, se va convirtiendo en el lugar de la muerte normal, prevista y aceptada por el personal médico. Este traslado del proceso de la muerte, de la casa familiar al hospital, tiene enormes y dramáticas consecuencias. Se inicia firmemente a finales del siglo XIX y en el XX es impulsado hasta sus consecuencias más extremas.

La muerte en el hospital es una consecuencia del progreso de las técnicas quirúrgicas y médicas, que trabajan con costosos y complejos equipos accionados por personal competente. Se plantearía —así— que las condiciones de su eficacia plena sólo pueden darse en el hospital.

Pero esta justificación presenta sólo una cara de la moneda. La otra necesidad que promueve es que “la muerte oculta está dada por la inconveniencia que provoca la enfermedad grave, la repugnancia física que provoca y de la necesidad de ocultar este hecho ante uno mismo y ante los demás”.⁵ Los rápidos progresos y la ideología del bienestar, del individualismo, de la intimidad, nos tornan a todos más delicados y más intolerantes. No se soportan los olores y espectáculos que todavía a principios de nuestro siglo formaban parte de nuestra cotidianeidad. La vida y la muerte fisiológica salen del hogar para pasar al aséptico mundo de la higiene de la medicina. Sin que se pueda confesar abiertamente, la institución hospitalaria ofrece a las familias una forma de asilo para ocultar la enfermedad grave y deteriorante, la agonía y la muerte.

A nivel de su conciencia moral, la familia mezcla y confunde su inconfesable intolerancia frente a la enfermedad grave y la muerte con las exigencias de la higiene y la eficacia médica.

El hábitat del moribundo ha pasado de su cuarto, en casa, al cuarto numerado de un hospital. Debido a causas técnico-médicas, este traslado

⁴ Aries, P. *El hombre ante la muerte*, Taurus, 1983, pág. 485.

⁵ Levine, S., Scotch, N. *The Dying Patient*, H&R, pág. 214.

ha sido aceptado por las familias como parte de un vínculo de complicidad entre éstas y los médicos. Así pues, la institución hospitalaria se ha convertido en el lugar de la muerte solitaria.

En la institución hospitalaria no sólo está en juego el “nuevo” espacio de la muerte, sino también el tiempo —el manejo y la prolongación del mismo— se convierte en un reto, en una meta: ya que no se puede suprimir, la duración sí se puede regular, sean horas, días, semanas, meses o incluso años. (Recordemos el siniestro caso de Karen Ann Quinlan, a quien se mantuvo con vida artificial por varios años, aún a sabiendas de que no recuperaría jamás la conciencia pues tenía muerte cerebral). Los médicos pueden, entonces, darse el lujo de hacer subsistir a un casi-muerto, casi indefinidamente.

La explicación para que esto suceda tiene su origen en la costumbre del moribundo de ponerse en manos de sus familiares, delegando en ellos la dirección del fin de su vida y de su muerte; responsabilidad que a su vez es descargada sobre ese “semidiós” en que se ha convertido el médico.

Entre una mezcla de temor y esperanza se acepta que éste posee los secretos de la vida y la muerte, que sabe mejor que nadie lo que debe hacer y, por lo consiguiente, es a él a quien corresponde elegir con total soberanía y libertad el cómo y el cuándo de la muerte.

Si el enfermo moribundo está en casa, el médico se comportará de manera más libre para sí y menos omnipotente hacia los demás. Sin embargo, esta situación se revierte en el hospital, en donde queda inmerso en la burocracia y organización hospitalaria. En estas condiciones, va ofreciendo un nuevo modelo de muerte medicalizada, un “*style of dying*”.

La muerte queda así encerrada en una especie de laboratorio científico, el hospital, en donde las emociones deben ser desterradas por medio de la complicidad de una mentira recíproca. Una mentira compartida entre médicos y familiares en la que frente al moribundo no se toca el tema de la muerte; que la muerte y el moribundo no ocasionen problemas. “La sociedad, en su sabiduría, ha producido medios eficaces para protegerse de las tragedias cotidianas de la muerte, a fin de poder proseguir sus tareas sin emoción ni obstáculo”.⁶ Así, la dignidad de la muerte queda escamoteada. Esa dignidad exige que sea reconocida, no sólo como un hecho real, sino como un acontecimiento esencial... como el *acontecimiento fundamental* en la vida del hombre. Ese escamoteo de la muerte como un acontecimiento

⁶ Levine, S., Scotch, N. *The Dying Patient*, H&R, pág. 214.

esencial se debe al hecho de que ésta ha dejado de ser admitida como un fenómeno natural y único. A partir del desarrollo científico y tecnológico, que ha posibilitado una cada vez mayor medicalización de la sociedad en general, la muerte es percibida dentro de esta nueva ideología como un proceso del conocimiento de la ciencia médica, como un error o proceso personal del médico.

El modelo de muerte con el que nos enfrentamos hoy en día se ha desarrollado a partir de una creencia fundamental de la sociedad contemporánea: la creencia en el desarrollo de una técnica que reemplazaría y dominaría a la naturaleza y, por lo tanto, eliminaría la muerte.

Quisiéramos ahora mirar desde una perspectiva menos teórica y no por ello menos compleja la problemática del ser humano frente a la muerte. La mayoría de las personas creen no tener miedo a la muerte, porque este temor rara vez aparece clara y conscientemente, lo cual no quita que es el temor básico, siempre presente. Si este temor fuese consciente y estuviera activamente presente, no podríamos vivir con un mínimo de paz. Es un temor reprimido —todos sabemos la permanente pujanza y el retorno de lo reprimido y el gran gasto de energía psíquica que implica el mantener la represión—.

Se nos presenta así una de las tantas complejas e irónicas paradojas que cruzan y apuñalan al animal de nuestra especie: la presencia permanente del temor a la muerte en el funcionamiento cotidiano y normal de nuestra pulsión de vida, en nuestra pulsión de autopreservación, así como nuestra casi completa ignorancia sobre ese temor en nuestra vida consciente.

Vivimos, reímos, escribimos y hasta intentamos amar como sin pensar, como sin creer en nuestra muerte, como si creyésemos en nuestra inmortalidad corpórea. El miedo a la muerte es reprimido y transmutado en dicho proceso; convertido y transmutado bien sea en una fuente de constante actividad, de una permanente presión para sobresalir, o convertido en la creencia de la inmortalidad, en la extensión de uno mismo en y hacia la eternidad.

La esencia de nuestra especie es su amarga y difícil paradoja: mitad animal y mitad producción simbólica; paradoja existencial dada a partir de nuestra individualidad frente a la finitud. Este animal, el hombre, tiene una identidad simbólica que lo saca de la naturaleza. Es un ser simbólico con un nombre, una historia, es un pensador, un creador.

Un creador cuya mente le permite cuestionarse sobre sí, sobre los demás, sobre el universo entero. Un creador de sistemas teóricos, aproximaciones

siempre relativas y coherentes que le permiten explicarse su propia existencia y la de todo lo que alcanza a conocer.

Este animal humano es pues un organismo autosuficiente, mitad animal, mitad producción simbólica; es también un cuerpo de carne, sangre, heces y huesos; está fuera de la naturaleza, pero irremediamente atado a ésta; sujeto-sujetado, cautivo y cautivado por su cuerpo; él es su cuerpo, un cuerpo que le es ajeno en muchos sentidos; un cuerpo que le duele, que sangra, que mal-huele, que defeca y orina, y que gradualmente se deteriora y deja de existir. Criatura animal trágica y maravillosamente dividida y escindida, conciente de su grandiosa capacidad como rey conocedor de la creación y, sin embargo, condenado a la muerte, a la putrefacción, a desaparecer para siempre.

Así, nuestra creencia de ser puramente seres del mundo simbólico, el aparente y permanente olvido de nuestra animalidad, se desvanece rápidamente frente a nuestros vómitos, diarreas y dolores corporales, siendo el cuerpo la realidad primera y última.

El resto de los animales no enfrenta esta dolorosa contradicción, ya que carecen de una identidad simbólica y de la autoconciencia que esto implica. Actúan de manera refleja, movidos por sus instintos. Son anónimos. Viven sin conciencia del tiempo propio; no saben que la muerte es algo que les acontece a ellos y a su cría, a ellos y a toda su especie, ya que el conocimiento de la muerte es conceptual y reflexivo. Viven y mueren irreflexivamente: unos minutos de temor, de angustia, y todo termina.

Si nos dejamos sentir, si nos animamos a enfrentar el peso de nuestra paradoja básica, primordial, nos daremos cuenta de la imposible situación que la misma plantea y cómo todo lo que hacemos y creemos es un intento para re-negar de este grotesco destino. Nos daremos cuenta de cómo nos sumergimos en el ciclo de olvido con nuestros juegos, trucos, preocupaciones, rivalidades y narcisismos; todo ello en un limbo lejano y ajeno de la realidad de nuestra situación como especie y como sujetos-sujetados a la muerte.

Es como si toda nuestra fachada, todas nuestras máscaras, no fuesen más que logradas y exitosas mentiras frente a los demás y a nosotros mismos. Ser humano, Ser en humano, pertenecer a esta nuestra especie. Ser un ser y un cuerpo nos enfrenta con una interrogante sobre nuestra esencia. ¿Qué soy? ¿Qué somos? ¿Un ser simbólico interno o su corporeidad? ¿Un ser simbólico interno y/o la corporeidad que habita?

El ámbito interno representa la libertad de pensamiento, de imaginación, de fantasmización, de simbolización: el infinito alcance de lo simbólico.

El cuerpo, representante del determinismo de nuestra especie y atadura.

El cuerpo es nuestro destino animal, destino que tenemos que enfrentar, pero es también sede de sensaciones y placeres que estarían ausentes sin esta corporeidad. En medio de su vivir y de su saber, el hombre es un problema para sí mismo, su existencia le es una incógnita, un misterio irresoluble.

Creado y creador de mundos, un semidiós con amo. Un semidiós que quiere saber y conocer de todo y poco de sí... Lamentable animal con posibilidades de conocimiento, simbolización y autoconsciencia, encerrado en la prisión de sus propios temores, los temores de sí mismo, hacia sí mismo, hacia el mundo externo, hacia los otros, sus iguales y distintos; y por sobre todo, el terror a su finitud y los imponderables del destino... necesitando reprimir las verdades sobre sí y sobre los que le dieron la vida; *necesitando re-negar y el de ellos*, su mediocridad y la de ellos; necesitando reprimir también la humana perplejidad y vulnerabilidad frente a las temidas fuerzas de la naturaleza, la dolorosa y única certeza de la muerte, el terror de su propia finitud y la de sus seres amados.

¿Qué hacer con la muerte y con la vida?

¿Qué hacer con la vida y con la muerte?

¿Qué hacer frente a la eternidad?

¿Qué hacer con el ser y con eso, lo absoluto, lo total, lo inabrazable... eso que algunos llaman Dios?

Y así, frente a estas interrogantes, tenemos que seguir viviendo, oscureciendo la verdad, ocultando el desamparo; desamparo y desesperanza que sospechamos y vislumbramos en nuestros terrores nocturnos, pesadillas, fobias, perversiones y esclavitudes en la locura.

Una desesperación que evitamos construyendo defensas caracteriológicas de todo tipo (eso, cuando tenemos suerte); defensas que nos permiten presuponer que controlamos nuestra propia vida y, por lo tanto, nuestra propia muerte... que somos dueños de nuestro propio destino, que somos ALGUIEN y no un mero accidente cósmico germinado de un planeta invernal al que nombramos Tierra.

En este sentido, nuestro estilo de vida, nuestras defensas caracteriológicas, nuestras creencias y seguridades narcisistas, constituyen en sí una mentira vital, porque es justamente a partir de esta deshonestidad básica acerca de uno mismo y de la situación de finitud en que vivimos, que vivimos sin enloquecer.

Analizar al hombre es entender los medios y formas de engaño y lo que trata de ocultar.

Extraña criatura que somos, cruzados por el amor y el odio, envueltos en una mentira, pero que para sobrevivir necesitamos algo más que mentiras, algo que nos trascienda: algún sistema de ideas y poderes en los cuales sumergirnos, en los cuales apoyarnos.

Esta necesidad no es siempre obvia, ya que no necesariamente implica la creencia en un Dios determinado o el sometimiento brutal y absoluto a otro ser humano, visto e imaginado como completo, omnipotente y no finito.

De manera "exitosa", esta necesidad de un algo absoluto que lo trascienda también puede ser cubierta a través de la sensación de poder que nos da la entrega obsesiva a una actividad, a una causa, al juego, al sexo, a las drogas, al dinero, al poder, al estatus económico, intelectual o político... no importa a qué, algo que nos permita olvidar que no somos dueños ni señores de nuestro destino.

En verdad nuestro destino sería cómico si no fuese tan trágico, ya que las mentiras y subterfugios que usamos y diseñamos para luchar contra la desesperación de nuestra condición humana, la presencia absoluta de la muerte, nos encadenan a vivir una vida que no sólo nunca es realmente nuestra, sino que es empobrecida en sus posibilidades vitales y de goce por esa misma mentira.

Así pienso la muerte, en una primera parte de una manera técnica, fría y crítica, el desatino de la *medicalización* de la muerte, del morir en medio de tubos y pantallas, inyecciones y dolor mecánico y metálico y siempre en medio de gente extraña a nuestras querencias y temores.

Otras veces pienso la muerte, como la apalabro en esta segunda parte, con desesperación, ternura y con una profunda compasión; pero, qué siento sobre la muerte... sobre la muerte que me toca, sobre la muerte que me enseña a la muerte, la que me significa, la muerte de un ser amado... la de mi padre, Francisco Aresti...

*Eres viejo mío
Aresti⁷
Roble.*

⁷ Roble en vascuense

*El que tu apellido prometía
fuerte tronco
que retoñó en nosotros.*

*Siglos pasaron
y nunca supe que habías de morir
tan lleno de dolor y desesperanza
murió tu cuerpo.*

*El dolor mató tu gracia
pero tu corazón
se acompasó
en un gran ternura.*

*Durante siglos
no supe de tu muerte.
Que tú
mi padre
morirías.*

*Caminaba, leía, peleaba
y también reía
hacia el amor
esperando
temiendo.*

*Esa tu muerte
mía.*

*Miraba.
Oía tu dolor.
Sentía tu pánico
sabía de tu valentía
y yo
callada esperaba
la muerte
tuya/mía.*

*Padre mío y de los míos
asustado amigo
barco melancólico
de la tierra ida.⁸*

*Amé tu cuerpo
tus ojos verdes
tus enojos y tus risas
pero sobre todo
tu ternura infinita.*

*Aita, Padre en vasco,
Aita mío
Aitaxtu
 contenedor de mi llanto
me hice de ti
y conmigo
me acostumbre a llevarte
como se lleva la palabra
 la fe y
 la esperanza.*

*Yo era tú
 pero en mujer
en sangre, en partos y llanto
y también lo otro
iguales pero distintos.
Tú en mí
 y yo contigo
 hombre/mujer.
Frente a tu muerte
mía la palabra de consuelo
mío el don de la esperanza.
Regalo en el lecho de tu agonía.*

⁸Pais vasco



*Te has ido
no sabemos dónde.
Te esperamos todos
mi madre te espera
y yo
también te espero
callada y sin llanto
plena de ti
también te espero.*

*Te dije adiós.
Te animé a irte.
Me pregunté en tu agonía
¿para qué sirve el amor?*

*Qué hacer con el amor mío por tu vida.
Qué hacer
frente a los puñales de tu cuerpo
y los clavos dolientes
de tu oscuro miedo.
Qué hacer frente a tu partida.*

*Te dije adiós
y con una sonrisa suave
te susurré al oído
eso
eso que tú y yo ya sabíamos...*